

**ANTOLOGÍA  
DE LAS  
MEJORES  
NOVELAS  
POLICÍACAS**

**TOMO IX**

«Antología de las mejores novelas policíacas» en XVIII volúmenes, publicada entre los años 1958 y 1973 por la editorial ACERVO.

## Índice de contenido

Maese Cornelius (Honorato de Balzac)  
Una cama terriblemente extraña (William Wilkie Collins)  
Por falta de pruebas (William Wilkie Collins)  
Desaparición (Joseph Payne Brennan)  
Adiós, Mr. Bliss (Joseph Payne Brennan)  
Humo (William Faulkner)  
Declaro abierta la sesión (William North Jayme)  
La zambullida (Roald Dahl)  
Una coartada de dos minutos (George Harmon Coxe)  
*Cherchez la frame* (Stuart Palmer y Craig Rice)  
Una vez en un tren... (Stuart Palmer y Craig Rice)  
Un asesino refinado (Jack Ritchie)  
Justice, Inc. (Rog Phillips)  
Maniático (Fredric Brown)  
El último en morir (Ellery Queen)  
Crimen con retorno (M. A. Guerendiain)  
La pulsera (Paul Sartoris)  
La casualidad vengadora (Anthony Berkeley)  
Notas

## MAESE CORNELIUS

Honorato de Balzac

EL día de Todos los Santos de 1479, en el momento en que empieza esta historia, terminaban las vísperas en la catedral de Tours. El arzobispo Hélie de Bourdeilles se levantó de su sitial para bendecir a los fieles. El sermón había sido muy largo, anocheció durante el oficio y la oscuridad más profunda reinaba en algunas zonas de aquella hermosa iglesia, cuyas dos torres no estaban aún acabadas. Sin embargo, un gran número de cirios ardían en honor de los santos en los candelabros triangulares destinados a recibir aquellas piadosas ofrendas. Las luminarias de los altares y todos los candelabros del coro estaban encendidos. Desigualmente sembradas a través del bosque de columnas y de arcos que sostienen las tres naves de la catedral, aquellas masas de luz iluminaban apenas el inmenso templo, ya que al proyectar las densas sombras de las columnas contra las galerías del edificio producían en ellas mil fantasmagorías que subrayaban todavía más las tinieblas que envolvían las cimbras, las bóvedas y las capillas laterales, oscuras de por sí en pleno día. La muchedumbre ofrecía un aspecto no menos pintoresco. Algunas figuras se dibujaban de un modo tan vago en el claroscuro que podían ser tomadas por fantasmas, en tanto que otras, iluminadas de lleno por los dispersos resplandores, atraían la atención como personajes destacados de un cuadro. Las estatuas parecían animadas, y los hombres parecían petrificados. Aquí y allá, unos

ojos brillaban en los huecos de las columnas, la piedra lanzaba miradas, los mármoles hablaban, las bóvedas repetían unos suspiros, el edificio entero estaba dotado de vida. La existencia de los pueblos no tiene escenas más solemnes ni momentos más majestuosos. El hombre en multitud necesita siempre el movimiento para hacer obra poética; pero en aquellas horas de pensamientos religiosos, cuando las riquezas humanas se desposan con las grandezas celestes, se encuentran sublimidades increíbles en el silencio.

En el instante en que cesó el cántico de los eclesiásticos, cuando las últimas notas del órgano se mezclaron con las vibraciones del *amén* surgido de los vigorosos pechos de los chantres, mientras un leve murmullo seguía resonando en las altas bóvedas, preludio del silencio con que la asamblea esperaba la benéfica palabra del prelado, un burgués, ansioso por regresar a su hogar, o temiendo por su bolsa en el tumulto de la salida, se retiró silenciosamente, a riesgo de ser considerado como un mal católico. Un gentilhomme, aplastado contra una de las enormes columnas que rodean el coro, donde había permanecido como perdido en la sombra, se apresuró a ocupar el lugar abandonado por el prudente turenés. Ocultando rápidamente el rostro entre las plumas que adornaban su alto bonete gris, se arrodilló con un aire de contrición capaz de engañar a un inquisidor. Después de haber contemplado atentamente a aquel joven, sus vecinos parecieron reconocerle, y reanudaron sus preces con un gesto que expresaba una misma idea, una idea cáustica, burlona, una muda maledicencia. Dos ancianas movieron la cabeza al tiempo que cruzaban una mirada significativa. El reclinatorio que había pasado a ocupar el joven se encontraba cerca de una capilla abierta entre dos columnas y protegida por una verja de hierro. En aquella capilla, y cerca de la reja, una dama estaba arrodillada en un bello reclinatorio de terciopelo rojo adornado con borlas de oro. Una lámpara de plata suspendida de la bóveda de la capilla, delante de un altar lujosamente ador-

nado, derramaba su pálida claridad sobre el libro de Horas que sostenía la dama. El libro tembló violentamente en sus manos cuando el joven se instaló junto a la reja.

—¡Amén! —murmuró el joven con una voz suave, aunque cruelmente agitada, y que por fortuna se confundió con el clamor general.

—Vais a perderme —susurró la dama.

Pronunció aquellas palabras en un tono tan angustiado, que un hombre de honor no podía negarse a obedecer el ruego que expresaban; pero el desconocido, impulsado sin duda por uno de esos paroxismos de pasión que ahogan, la voz de la conciencia, no se movió, limitándose a levantar ligeramente la cabeza para echar una ojeada a la capilla.

—¡Duerme! —susurró con apasionada intensidad.

La dama palideció, y su mirada furtiva abandonó por un instante la vitela del devocionario para posarse en el anciano al cual acababa de mirar el joven. ¿Qué terrible complicidad se ocultaba en aquella ojeada? Cuando la dama hubo examinado al anciano, respiró profundamente y levantó su hermosa frente, adornada con una piedra preciosa, hacia un cuadro de la Virgen; aquel simple movimiento, aquella actitud, la mirada humedecida revelaban toda su vida con una imprudente ingenuidad; de ser perversa, hubiese sabido disimular. El personaje que inspiraba tanto miedo a los dos amantes era un anciano de corta estatura, jorobado, casi calvo, de rostro feroz enmarcado por una larga barba de color blanco sucio y cortada en forma de abanico; en su pecho brillaba la cruz de San Miguel; sus manos rudas, fuertes, surcadas de pelos grises, y que al principio había entrelazado, sin duda, se habían desunido ligeramente durante el sueño al cual se había entregado tan imprudentemente. Su mano derecha parecía a punto de caer sobre su daga, cuya empuñadura formaba una especie de concha esculpida en acero. Tal como había colocado su arma, el pomo se encontraba debajo de su mano; si, por desgracia, la mano llegaba a tocar el acero, no cabía duda de que se

despertaría inmediatamente y su primera mirada sería para su esposa. Sus labios sardónicos, su puntiagudo mentón, caprichosamente erguido, ofrecían las señales características de un espíritu malicioso, dotado de una sagacidad fría-mente cruel que debía permitirle adivinarlo todo, porque sabía sospecharlo todo. Su frente amarillenta mostraba los pliegues que revelan al hombre acostumbrado a no creer nada, a sopesarlo todo, a buscar el sentido y el valor exacto de los actos humanos del mismo modo que los avaros sopesan sus monedas de oro. Tenía una sólida osamenta, parecía nervioso y, en consecuencia, irritable. Al despertar de aquel terrible señor, un inevitable peligro se cerniría sobre la dama. Aquel marido celoso no dejaría de captar la diferencia existente entre el viejo burgués del cual no había sospechado en absoluto y el recién llegado, cortesano joven, esbelto, elegante.

—*Libera nos a malo* —dijo la dama, tratando de hacer comprender sus temores al cruel joven.

El joven alzó la mirada hacia ella y la miró. Tenía lágrimas en los ojos, lágrimas de amor o de desesperación. Al verlas, la dama se estremeció, sintiéndose perdida. Ambos resistían sin duda desde hacía mucho tiempo, y no podían continuar resistiendo a un amor agrandado de día en día por invencibles obstáculos, empollado por el terror, fortalecido por la juventud. Aquella mujer era mediocrementemente bella, pero su pálida tez revelaba unos sufrimientos secretos que la hacían interesante. Tenía, además, un porte distinguido y los cabellos más hermosos del mundo. Vigilada por un tigre, arriesgaba quizá su vida pronunciando una palabra, dejándose oprimir la mano, acogiendo una mirada. Si nunca el amor había inundado tan por entero dos corazones, si nunca había sido saboreado tan deliciosamente, nunca, tampoco, había sido más peligrosa una pasión. Resultaba fácil adivinar que, para aquellos dos seres, el aire, los sonidos, el rumor de los pasos sobre las baldosas, las cosas más indiferentes para los otros hombres, ofrecían

unas cualidades sensibles, unas propiedades especiales que ellos sabían reconocer. Amor profundo el suyo, amor grabado en el alma como en el cuerpo una cicatriz que hay que conservar durante toda la vida. Cuando aquellos dos jóvenes se miraban, la mujer parecía decirle a su amante: «Perezamos, pero amémonos». Y el caballero parecía contestarle: «Nos amaremos, y no pereceremos».

La dama, con un movimiento lleno de melancolía, señaló con la cabeza a una vieja dueña y a dos pajes. La dueña dormía. Los dos pajes eran muy jóvenes y parecían bastante despreocupados de lo bueno o lo malo que pudiera sucederle a su amo.

—No os asustéis a la salida, y dejadme hacer.

Apenas el gentilhombre hubo pronunciado aquellas palabras en voz baja, la mano del viejo señor rozó el pomo de su espada. Al notar la frialdad del acero, el viejo se despertó repentinamente; sus ojos recelosos se clavaron inmediatamente en su esposa. Por un privilegio rara vez otorgado, ni siquiera a los hombres de genio, el anciano salió de su duermevela con la inteligencia completamente lúcida y las ideas muy claras. Era un celoso. El joven caballero contemplaba con un ojo a su dama y con el otro espiaba al marido; se levantó prestamente, y se ocultó detrás de la columna en el instante en que la mano del viejo empezó a moverse; luego desapareció, ligero como un pájaro. La dama inclinó los ojos fingiendo leer y tratando de aparecer tranquila; pero no pudo evitar que su rostro enrojeciera, ni que su corazón latiera con una inusitada violencia. El anciano captó el ruido de las profundas pulsaciones que resonaban en la capilla, y notó el desusado rubor extendido por las mejillas, por la frente y por los párpados de su esposa; miró prudentemente a su alrededor; pero, al no ver a nadie de quien pudiera desconfiar, inquirió:

—¿En qué estáis pensando, amiga mía?

—El olor a incienso me sienta mal —respondió la dama.

—Es la primera vez que os ocurre tal cosa —replicó el anciano.

A pesar de aquella observación, el suspicaz esposo pareció dar crédito a las palabras de la dama; pero en su fuero interno sospechó alguna secreta traición y resolvió velar más atentamente aún por su tesoro. La bendición había sido dada. Sin esperar al *secula seculorum* final, la multitud se precipitó como un torrente hacia las puertas de la iglesia. De acuerdo con su costumbre, el anciano esperó prudentemente a que se calmara el tumulto, y luego salió precedido por la dueña y por el más joven de los pajes, que portaba un farol; dio el brazo a su esposa y se hizo seguir por el otro paje. En el momento en que el viejo iba a alcanzar la puerta lateral abierta en la parte oriental del claustro y por la cual acostumbraba salir, una ola de gente se separó de la multitud que obstruía el gran portal, refluyó hacia la pequeña nave donde se encontraba el anciano con su mundo, y aquella masa compacta le impidió volver sobre sus pasos. El señor y su esposa fueron empujados entonces por la vigorosa presión de aquella muchedumbre. El marido trató de pasar el primero, tirando fuertemente del brazo de la dama; pero, en aquel instante, fue arrastrado hacia la calle y su esposa le fue arrancada por un desconocido. El terrible jorobado comprendió repentinamente que había caído en una emboscada cuidadosamente preparada. Arrepintiéndose de haber dormido durante tanto tiempo, reunió todas sus fuerzas; con una mano volvió a coger a su esposa por la manga de su vestido, y con la otra trató de agarrarse a la puerta. Pero el ardor del amor pudo más que la rabia de los celos. El joven gentilhombre cogió a su adorada por la cintura y tiró de ella con tanta rapidez y tan desesperada fuerza, que la tela de seda y brocado se desgarró bruscamente. El marido se quedó con la manga en la mano. Un rugido de león cubrió inmediatamente los gritos lanzados por la multitud y se oyó una voz terrible que aullaba:

—¡A mí, Poitiers! ¡Al portal, hombres del conde de Saint-Vallier! ¡Auxilio! ¡Aquí!

Y el conde Aymar de Poitiers, señor de Saint-Vallier, trató de desenvainar su espada y de abrirse paso; pero se vio rodeado, oprimido por treinta o cuarenta jóvenes caballeros a los cuales no podía exponerse a herir. Varios de ellos, que eran del más alto rango, le replicaron con sangrantes pullas mientras le arrastraban por el pasillo del claustro. Con la rapidez del relámpago, el raptor había conducido a la condesa hacia el patio abierto de una casa vecina, donde la sentó a un lado, en un banco de madera. A la tenue claridad que descendía entre los altos muros cubiertos de yedra, los dos amantes se contemplaron un momento en silencio, apretándose las manos, asombrados el uno y el otro de su audacia. La condesa no tuvo el cruel valor de reprochar al joven la osadía a la cual debían aquel peligroso instante de dicha.

—¿Queréis huir conmigo a los Estados vecinos? —inquirió vivamente el gentilhombre—. Muy cerca de aquí tengo dos caballos ingleses capaces de recorrer treinta leguas de un tirón.

—¡Oh! —exclamó suavemente la dama—. ¿En qué lugar del mundo encontraríais un refugio para una hija del rey Luis XI?

—Es cierto —murmuró el joven, estupefacto por no haber previsto aquella dificultad.

—Entonces, ¿por qué me habéis arrancado de las manos de mi marido? —preguntó la condesa, con una especie de terror.

—Lo único que deseaba era estar cerca de vos, oír que me hablabais —murmuró apasionadamente el caballero—. He ideado dos o tres planes, y ahora todo me parece cumplido, puesto que os tengo a mi lado.

—Pero yo estoy perdida —dijo la condesa.

—Estamos salvados —replicó el gentilhombre, con el ciego entusiasmo del amor—. Escuchadme bien.

—Esto me costará la vida —murmuró la dama, mientras unas lágrimas se deslizaban por sus mejillas—. ¡El conde me matará, esta misma noche, quizá! Pero, id a ver al rey, contadle los tormentos que su hija soporta desde hace cinco años. Cuando era niña me quería mucho, y me llamaba riendo: María-llena-de-gracia, porque era fea. ¡Ah! Si supiera a qué clase de hombre me entregó, montaría en cólera. Yo no me he atrevido a quejarme, porque el conde me inspiraba lástima. Además, ¿cómo conseguir que mi voz llegara hasta el rey? Estoy espiada en todos mis movimientos. Por eso me he prestado a este culpable rapto, con la esperanza de conquistar un defensor. Pero ¿puedo confiar...? ¡Oh! —se interrumpió, palideciendo—. Ahí está el paje...

La pobre condesa convirtió sus manos en un velo para ocultar su rostro.

—No temáis nada —la tranquilizó el joven—. Podéis serviros de ese paje con toda confianza: me pertenece. Cuando el conde venga a buscaros, nos advertirá de su llegada. —Y en voz baja, añadió—: En esta casa vive un amigo mío, el cual declarará que os ha apartado del tumulto y os ha puesto bajo su protección en este patio. Todo está previsto para engañar a Saint-Vallier.

Al oír aquellas palabras, las lágrimas de la condesa se secaron, pero una expresión de tristeza nubló su frente.

—No se le engaña con facilidad —murmuró—. Esta noche lo sabrá todo. ¿Imagináis su reacción? Id al Plessis, hablad con el rey, decidle que... —Vaciló. Pero algún recuerdo le prestó el valor necesario para confesar los secretos del matrimonio—: ¡Sí! Decidle que para hacerse dueño de mí el conde me hace sangrar los dos brazos, y me agota. Decidle que me ha arrastrado por los cabellos, decidle que estoy prisionera, decidle que...

Los sollozos interrumpieron sus palabras y las lágrimas volvieron a deslizarse de sus ojos; en su agitación, se dejó besar las manos por el joven, el cual murmuraba:

—¡Nadie puede hablar con el rey, pobre pequeña! Por muy sobrino que sea del gran maese de los ballesteros, no conseguiré entrar esta noche en el Plessis. ¡Mi querida dama, mi bella soberana! ¡Dios mío, cuánto ha sufrido! María, permitidme deciros dos palabras, o estamos perdidos.

—¿Qué vamos a hacer? —sollozó la condesa. Luego, viendo en la negra pared un cuadro de la Virgen, medio deslucido por el tiempo, exclamó—: ¡Santa Madre de Dios, aconsejadnos!

—Esta noche —continuó el joven— estaré en vuestra casa.

—¿Cómo? —preguntó la condesa ingenuamente.

Corrían un peligro tan grande, que sus palabras más dulces parecían desprovistas de amor.

—Esta noche —explicó el gentilhombre— voy a ofrecerme como aprendiz a Maese Cornelius, el tesorero del rey. He conseguido una carta de recomendación para que me reciba. Su alojamiento se encuentra al lado del vuestro. Una vez bajo el techo de aquel viejo ladrón, y con la ayuda de una escalera de seda, sabré encontrar vuestro apartamiento.

—¡Oh! —exclamó la condesa, petrificada de horror—. ¡Si me amáis, no vayáis a casa de Maese Cornelius!

El joven, arrebatado, la estrechó contra su corazón.

—Entonces, me amáis... —susurró.

—Sí —dijo la condesa—. ¿Acaso no sois mi única esperanza? Sois un gentilhombre, os confío mi honor. Además —añadió, mirándole con dignidad—, soy demasiado desdichada para que traicionéis mi confianza. Pero ¿de qué sirve hablar así? Marchaos, dejadme morir antes que entrar en casa de Cornelius. ¿No sabéis que todos sus aprendices...?

—Han sido colgados —dijo el gentilhombre, riendo—. ¿Creéis que sus tesoros me tientan?

—¡Oh! No vayáis allí. Seríais víctima de alguna brujería.

—Todo me parecerá poco con tal de poder serviros —replicó el joven, dirigiéndole una ardiente mirada.

La condesa inclinó los ojos.

—¿Y mi marido? —inquirió.

—Esto le dormiré —respondió el joven, sacando un pequeño frasco de su cinto.

—¿No será para siempre? —preguntó la condesa, temblando.

Por toda respuesta, el gentilhombre hizo un gesto de horror.

—Si no fuera tan viejo, le hubiese retado mil veces —dijo—. ¿Me creéis capaz de recurrir a esos medios para libraros de él?

—Perdonad —murmuró la condesa, enrojeciendo—. Me veo cruelmente castigada por mis pecados. En un momento de desesperación quise matar al conde, y temí que vos hubierais sentido el mismo deseo. Mi dolor es inmenso por no haberme podido confesar de aquel mal pensamiento; pero he temido que le revelaran mi idea y que quisiera vengarse. Os avergonzáis de mí —continuó, dolida por el silencio que guardaba el joven—. Merezco vuestro desprecio.

Rompió el frasquito, tirándolo violentamente contra el suelo.

—¡No vengáis! —exclamó—. El conde tiene un sueño muy ligero. Mi deber es esperar ayuda del cielo. ¡Y así lo haré!

Trató de marcharse, pero el joven le cerró el paso, exclamando:

—¡Oh! Ordenádmelo y le mataré, señora. Me veréis esta noche.

—He hecho bien en destruir ese frasco —murmuró la condesa, con una voz ahogada por el placer de verse tan ardientemente amada—. El miedo a despertar a mi marido nos salvará de nosotros mismos.

—Os ofrezco mi vida —dijo el joven, oprimiéndole la mano.

—Si el rey quiere, el papa anulará mi matrimonio. Y entonces podremos unirnos —susurró la condesa, dirigiendo-

le una mirada llena de deliciosas esperanzas.

—¡Ahí llega mi señor! —exclamó en aquel momento el paje.

El gentilhombre, asombrado de la rapidez con que había transcurrido el tiempo pasado junto a su amada, se tomó un beso que la condesa no supo rechazar.

—¡Hasta la noche! —murmuró el gentilhombre, saliendo de la capilla.

Amparado por la oscuridad, llegó al gran portal de columna en columna. Un anciano caballero salió repentinamente de una puerta próxima, se acercó a la condesa y cerró silenciosamente la verja de hierro, ante la cual se colocó el paje, como celoso guardián. Una viva claridad anunció al conde. Acompañado de algunos amigos y de otros hombres que portaban unas antorchas, sostenía en la mano su espada desenvainada. Sus ojos parecían taladrar las profundas tinieblas y visitar los rincones más oscuros del edificio.

—Monseñor, *madame* está allí —anunció el paje, acompañándole hasta la verja.

El señor de Saint-Vallier vio a su esposa sentada en el banco, y al anciano en pie, junto a ella. Ante aquel espectáculo sacudió vivamente la verja, como para desahogar su rabia.

—¿Qué buscáis aquí, con una espada desenvainada en la mano? —preguntó el anciano.

—Señor, el caballero es mi marido —dijo la condesa.

El anciano sacó la llave del interior de su bolsillo y abrió la verja. El conde dirigió una mirada suspicaz alrededor del patio y entró; luego se quedó escuchando el silencio del edificio.

—Señor —le dijo su esposa—, debéis darle las gracias a este venerable caballero que me ha traído a este refugio.

El señor de Saint-Vallier palideció de cólera, sin atreverse a mirar a sus amigos, los cuales le habían acompañado más para reírse de él que para ayudarle, y dijo:

—Gracias, señor, ya encontraré el modo de recompensaros.

Cogió a su esposa por el brazo y, sin permitirle acabar la reverencia que dirigía al anciano, hizo una seña a sus hombres y salió del patio sin decir una sola palabra a los que le habían acompañado. Su silencio tenía algo de feroz. Impaciente por llegar a su casa, preocupado por los medios de descubrir la verdad, echó a andar a través de las calles tortuosas que en aquella época separaban la catedral del portal de la Cancillería donde se alzaba el hermoso hotel, construido recientemente por el canciller Juvenal de los Ursinos, en los terrenos de una antigua fortaleza que Carlos VII había entregado a aquel fiel servidor en recompensa de sus gloriosos trabajos. Allí empezaba una calle llamada de la Scellerie, la cual unía a la antigua Tours con el pueblo de Châteauneuf, donde se encontraba la célebre abadía de Saint-Martin, de la cual tantos reyes fueron simples canónigos. Desde hacía cien años, y tras largas discusiones, había sido anexionado a la ciudad. Muchas de las calles adyacentes a la de la Scellerie, y que hoy forman el centro de la Tours moderna, estaban ya construidas; pero los hoteles más bellos, y especialmente el del tesorero Xancoings, mansión que aún subsiste en la calle del Comercio, estaban situados en el municipio de Châteauneuf. Hacia allí se dirigieron los portaantorchas del señor de Saint-Vallier, el cual seguía maquinalmente a sus hombres dirigiendo de cuando en cuando una sombría mirada a su esposa y al paje, para sorprender entre ellos una mirada de inteligencia que arrojará alguna luz sobre aquel desesperante suceso. Por fin, el conde llegó a la calle del Mûrier, donde se hallaba su casa. Cuando el cortejo hubo entrado y se cerró la pesada puerta, un profundo silencio reinó en aquella angosta calle donde entonces moraban algunos señores, ya que aquel nuevo barrio de la ciudad se encontraba muy cerca del Plessis, residencia habitual del rey, a la cual los cortesanos podían trasladarse en un momento. La última casa de aquella calle